

ENTREVISTA
**José Santos Herceg: “Muy rara vez
un paper es un texto significativo, normalmente es
sólo un comentario”**

Andrés Florit^φ, Instituto de Humanidades, UDP
andres.florit@udp.cl



Recepción 02.06.2016 Aceptación 15.06.2016

José Santos Herceg es Doctor en Filosofía por la Universidad de Konstanz, Alemania e investigador del Instituto de Estudios Avanzados (IDEA) de la Universidad de Santiago. Autor de numerosos artículos y del libro *Conflicto de representaciones. América Latina como lugar para la filosofía* (Fondo de Cultura Económica, 2010), además de co- editor y co-fundador de la revista *La Cañada*, sobre pensamiento filosófico chileno.

-¿Por qué estudiaste filosofía?

-Un poco por casualidad. Si me hubieran dicho que me iba a dedicar a la filosofía cuando estaba en el colegio, me habría reído. Yo estaba en el matemático, en realidad, pero cuando salí tenía claro que no me interesaban las matemáticas como para dedicarme a ellas. En ese entonces quería estudiar antropología, pero justo por esos años –el 87 u 88, por ahí- se cerró el ingreso. Entonces entré a estudiar derecho. Y desde el principio estuve muy incómodo con el estudio (no con el derecho mismo), así que busqué una salida. Probé en historia primero, tomé un par de ramos que me gustaron, pero no como para dedicarme a eso. Algo parecido me ocurrió con la literatura. Y finalmente tomé unos ramos en filosofía que me encantaron. Eran unos cursos de primer semestre, de filosofía antigua. Leí los diálogos de Platón, a los pre-socráticos y la verdad es que por primera vez disfruté muchísimo estudiando; entonces no lo dudé y seguí. Después me fui a estudiar a Alemania.

-¿Por qué a Alemania?

-Por cuestiones de orden práctico, yo creo. Y por la formación que te dan.

^φ Instructor adjunto de Poesía chilena contemporánea, Literatura y Comunicación social en la Universidad Diego Portales. Es Licenciado en Comunicación Social de la U. de Chile (2007)

Ahora lo he entendido desde otro lado, porque he hecho de eso un objeto de estudio, pero la verdad es que la formación que tenemos los que entramos a estudiar filosofía en Chile es fuertemente europeizante y muy germanocéntrica. Entonces, sin meditarlo mucho –además yo trabajaba con un profesor que había estado estudiando en Alemania, era ayudante de él, hice la tesis con él y me dijo desde el principio “oye, cuando termines tu tesis te vas a Alemania”–, postulé a unas becas, me las gané y nos fuimos, con mi señora –que también hizo su doctorado allá- y una guagua. Dos más nacieron allá... Hice un trabajo que fue bien evaluado pero no me dejó del todo conforme. Fue formativo, eso sí. Hice algo sobre Kant, sobre la moral kantiana, etc., pero de hecho nunca lo quise publicar.

-Allá es un requisito publicar la tesis doctoral, ¿no?

-Sí, pero hice una publicación electrónica, que era la alternativa más rápida y eso me permitía cumplir con el requisito. Después escribí otras cosas sobre Kant, desde otro lado, más crítico. Y volvimos a Talca.

-¿A Talca?

-Sí, eso fue una cosa bien tortuosa. Defendí mi tesis en julio del 2000 y en agosto estaba entrando a hacer clases en la Universidad Católica del Maule. Pensamos que era interesante probar a vivir fuera de Santiago, por los niños, pero creo que finalmente fue una mala decisión. Así que empezamos a buscar salidas y al año y medio estábamos de vuelta en Santiago. Trabajé un tiempo en la Alberto Hurtado y desde el 2005 trabajo en el Instituto de Estudios Avanzados de la USACH, un lugar muy agradable, sobre todo por los temas en los que me empecé a involucrar a mi vuelta a Chile. Dejé lo de la filosofía alemana... Recién llegado hice primero una traducción de Kant, luego escribí un par de artículos para ocupar un material que ya tenía, y nada más.

-¿Por qué te empezaste a interesar en la filosofía latinoamericana y chilena? Has dicho que tuvo que ver con la incomodidad de la llegada, sin embargo hay muchos que quizás sienten una incomodidad similar al llegar de sus estudios de posgrado en el extranjero pero siguen haciendo lo mismo que hacían en Europa...

-Bueno, pero en Talca no se puede. Hay cuestiones tan básicas y prácticas como la falta de libros. En el año 2000 no había un despliegue de documentos virtuales como hoy, ni siquiera se podía acceder a libros digitales. Hoy tengo una biblioteca digital en mi computador y la llevo para donde voy, pero en ese entonces eso estaba recién empezando. Entonces contaba con una biblioteca que tenía, en filosofía, dos mil títulos. Y venía de una que tiene seis pisos, donde tú necesitas un texto que no está (lo cual es raro) y lo tienes al día siguiente en tu escritorio... Desde esas cuestiones de medios, que son muy básicas, hasta una pregunta que se instala y que tiene que ver con qué sentido tiene hacer eso en Chile. Ok, hago un esfuerzo brutal y me mantengo en la primera línea de los estudios kantianos estando en Chile, pero ¿tiene sentido hacer esa cuestión acá? Y me entró una duda que hizo sinergia con el hecho de que la filosofía latinoamericana y la filosofía en Chile me venían dando vueltas en la cabeza hace rato.

Casualmente, a finales de los 90, había un grupo de filósofos chilenos haciendo sus doctorados en Alemania. Estaba Juan Ormeño, Mauricio Suárez, Eduardo Fermandois, Daniel Loewe y yo. Nos pusimos en contacto y la idea era trabajar en torno a la filosofía en América Latina, en ese entonces desde el total desconocimiento... No funcionó mucho, pero quedó instalada la cuestión y luego se me activó cuando volví acá. El 2001 me pidieron que hiciera un curso sobre esto en la U. Católica del Maule –había un ramo en la malla pero nadie sabía nada de filosofía latinoamericana-, y ahí empecé a hacer las primeras lecturas, como para armar un curso de la nada. Así fue como se fue articulando ese interés y luego fue ganando espacio, desplazando a lo alemán. En ese tiempo, como te decía, estuve haciendo una traducción de los textos de Kant que después se publicaron y mientras tanto empecé a leer a los latinoamericanos... Ese libro (se refiere a *Conflicto de representaciones. América Latina como lugar para la filosofía*[1]) lo escribí entre el 2002 y el 2006. Finalmente se publicó el 2010, estuvo mucho tiempo en espera de ser publicado. Y de ahí llegué por supuesto al tema de la filosofía en Chile... empecé de a poco a estudiarla, más tarde armamos la revista *La Cañada* con mi socio Álvaro García.

-Jaksic[2] divide históricamente a los filósofos chilenos en profesionalistas y críticos, dependiendo entre otras cosas del grado de involucramiento o aislamiento que hayan tenido respecto a la contingencia política. ¿Dónde te situarías tú y cuál crees que es la relación óptima entre la actividad intelectual y la política?

-No estoy muy de acuerdo con la distinción de Jaksic, así que partamos por ahí...Y creo que a la larga él tampoco está muy de acuerdo con su distinción. Se ve obligado a constatar desplazamientos. El caso de Jorge Millas, por ejemplo, le complica el panorama. Millas es un profesionalista, después se desplaza al lado crítico, lo mismo Humberto Giannini. Siguen siendo categorías, paradigmas ideales. El profesionalista como él lo describe probablemente no existe en la realidad: un tipo completamente aislado, completamente profesional en el sentido de especialista, aunque hay algunos que probablemente se acercan a eso. El más paradigmático podría ser un Roberto Torretti, que está metido en la cosa de las matemáticas... Y por el otro lado tal vez Juan Rivano es el paradigma del filósofo comprometido, como dice él, pero eso también tiene que ver con el hecho de que Jaksic fue discípulo de Rivano. Usa esa distinción para leer toda la historia de la filosofía en Chile y creo que eso es forzar la cuestión, no da para hacerlo.

-¿Cómo la leerías, o la lees tú?

-Una de las cosas interesantes que ocurre aquí es que hay sólo tres libros sobre la historia de la filosofía en Chile. Uno es el de Jaksic. Además está el libro de Escobar, que publica primero en 1976 y el 2008 lo reedita ampliado. Y en el 92 aparece el libro de Cecilia Sánchez[3]. Esos son los únicos y son completamente distintos entre sí. Al punto de que –esa es una tesis que yo he sostenido en algún momento- hay 3 relatos sobre esa cuestión y parecen historias diferentes, lo cual me parece una riqueza: no hay una narración que sea “la” historia de la filosofía en Chile. Lo que yo he intentado en algún momento, pero sin las pretensiones de escribir un libro, es ver si uno puede pensar una historia episódica de la filosofía en Chile. Eso por inspiración sobre todo de un autor mendocino que se llama Arturo

Roig, que habla justamente de la historia de la filosofía latinoamericana como una historia episódica, donde hay irrupciones de pensamiento filosófico que él renuncia expresamente a vincular en términos de causa y efecto, simplemente constata irrupciones. Eso fue lo que hice en un artículo[4] y funcionó bien, creo que es un poco así. Tiene que ver con renunciar a esa necesidad de algunos historiadores de que la cosa sea lineal y coordinada. Yo haría una historia así y en ese contexto uno podría contar la historia de la irrupción de las filósofas, por ejemplo, o la irrupción de los eventos institucionales relacionados con la filosofía chilena, como puede ser la fundación de la Sociedad Chilena de Filosofía el 48, o la primera clase de filosofía... Ahora, yendo a la otra pregunta que quedó pendiente...

-Sí, más que como una forma de ver la historia, me pareció interesante el esquema de Jaksic para preguntarte cómo tú enfrentas la práctica de la filosofía...

-Hay una cosa que yo siempre le digo a mis alumnos: pienso que hay muchas maneras de instalarse en filosofía, de ser filósofo, de dedicarse a la filosofía, y yo no voy a ser el que diga que hay algunas más correctas o menos correctas, porque me parece que siempre es un gesto un poco violento, un poco dogmático. Lo que te podría decir es que para mí hacer algo como lo que hace Torretti es muy fome, pero hay sin duda un valor y una necesidad en eso, de hecho hay mucho valor, lo reconozco y lo aplaudo; pero yo me aburriría profundamente. Hay otros que trabajan más en bibliotecas, yo no puedo trabajar en bibliotecas; no sé, hay modos. Hay algunos que están más cerca de la docencia, otros que están más cerca de la escritura, pero creo que en la filosofía, como yo la concibo al menos, hay espacio para todo eso. ¿Cómo me instalo yo? Procuro dedicarme a hacer aquellas cosas que para mí tienen sentido, más allá de simplemente hacer la pega. O dicho por el otro lado: yo hago aquellas cosas que haría igual aunque no me pagaran por hacerlas. De hecho hago un montón de cosas gratis, *La Cañada* por ejemplo me cuesta plata, pongo de mi bolsillo para la edición... O sea yo trabajo en la edición, consiguiendo documentos, en la administración de la página web, pero además pongo plata, no tiene financiamiento externo, sólo algunas donaciones menores. Por supuesto que es un mal negocio, pero es un proyecto que tiene mucho sentido para mí. Y es muy reconfortante hacerlo además porque es una revista que sólo tiene 3 años, 3 números y ha tenido unas repercusiones brutales, nos llegan mails de todos lados, donde trabajan con ese material.

-A diferencia de muchas revistas indexadas, La Cañada se lee...

-Nosotros apostamos por no hacer ningún gesto de indexación, entre otras cosas porque queremos que los que publican en la revista lo hagan porque les interesa hacerlo en esa revista, porque saben que se lee, porque ahí ocurre un debate, no porque quieren puntos. Incluso en algún momento hemos bromeado en términos de que el éxito total sería cuando alguien esté dispuesto a renunciar a los puntos con tal de publicar en *La Cañada*. Entonces trato de hacer aquellas cosas que me hagan sentido y tengo un rechazo casi visceral a hacer cuestiones por compromiso o por plata. A veces lo he hecho, porque es necesario...

-Pero tú también publicas en revistas indexadas.

-Bueno, es que yo no creo que la solución a los problemas sea poner una bomba, nunca lo he pensado. Alguien me ha dicho que algunos artículos que yo he escrito son como pequeñas bombas, pero no es la intención; incluso cuando hablo de las revistas ISI-SciELO[5] trato de matizar, no digo que sean el demonio, sólo que hay que ver bien de qué se trata, y por lo tanto, justipreciarlas. Tiene que ver con la pregunta acerca de cómo trabajamos en esta cuestión en Chile, de qué manera lo hacemos nosotros, los que nos dedicamos a eso, pero también en qué condiciones institucionales tenemos que insertarnos. Lo mismo cuando hablo de la escritura de papers[6], me parece que el tema no es dejar de escribir papers, sino que sea posible escribir en otros formatos también.

-Son un poco predecibles los papers, ¿no?

-Es que es un formato muy simple en realidad. Exige mucha claridad, hay un montón de manuales de cómo escribir papers, que son muy divertidos. Eso fue lo que hice ahí, jugar con esos manuales... Pero yo quisiera que uno pudiera escribir ensayos también, o poder escribir libros, y no ser presionado tan fuertemente en un formato. Y lo mismo con el Fondecyt. Cuando yo hago una crítica de lo que se ha financiado en los 30 años que tiene el Fondecyt[7], no quiero que el sistema desaparezca, quisiera que se perfeccionara. A mí me dicen que ataco las ISI y después publico en ISI, pero es la misma idea, aportar a mejorar el sistema. Cuando critico el Fondecyt y digo que sólo dan puntaje a las revistas ISI, no quiero que dejen de hacerlo, lo que quisiera es que asignen puntos a otros formatos...

-¿Qué propondrías?

-Me parece que hay un problema de administración: para evaluar proyectos y currículums, no se puede estar leyendo cada cosa que cada uno escribió, entonces se necesitan criterios externos, que te permitan decidir qué publicaciones son más valiosas que otras. Pero quisiera que pudiéramos constituir una comisión acá, con los investigadores y los editores de revistas. No es tan difícil, hay que tener la voluntad de hacerlo. En Europa lo hicieron, ellos tienen su propio índice de revistas A, B, C, lo construyeron y por supuesto que no es perfecto y siempre están criticándolo, pero podemos hacerlo acá también. En el Fondecyt se aceptan publicaciones ISI o análogas y el grupo de estudio establece un listado de revistas análogas, pero la lata es que es el grupo, que son esos 5 tipos no más, el que decide eso. Yo quisiera que fuera un poco más democrático, que todos los que estamos involucrados en esta cuestión pudiéramos opinar y decir que esta revista nos parece análoga de ISI por esta y estas razones... Entonces podríamos construir una comisión representativa. Cuando escribí el artículo sobre Fondecyt se lo mandé a la consejera y le dije: te mando esto porque creo que te puede servir a ti para la toma de decisiones.

-Eduardo Fernandois me decía que "es más fácil pillarle la lógica a un proyecto Fondecyt que escribir un texto realmente enriquecedor sobre un tema determinado"[8]. ¿Qué crees que hace falta para que los filósofos escriban un mayor número de textos "enriquecedores", aunque no den puntos para Fondecyt?

-Yo creo que la institución complota para que uno no produzca cosas significativas –en ese sentido prefiero hablar, de significativas, no de enriquecedoras-, cuestiones que tú puedas escribir y tengan repercusiones, generen un debate –a eso me refiero con significativas. Por qué te lo digo: hay una institución, que no es sólo Fondecyt sino también las universidades y las revistas académicas, que te exige escribir en este formato de paper, que como tú ya sabes viene de las ciencias naturales y que tiene una estructura muy básica: no puede ser ambicioso, tiene que ser muy simple. Y por lo tanto, muy rara vez un paper es un texto significativo, normalmente es sólo un comentario. Por ejemplo, si revisas los índices de las revistas ISI en literatura, te vas a dar cuenta que siempre es “tal o cual cosa en tal obra de tal autor”, y eso en filosofía es igual: “La voluntad libre en la fundamentación de la metafísica de las costumbres de Kant”, por ejemplo. Entonces siempre son comentarios, uno podría llamarlos “glosas”, o interpretaciones, pero son cosas mínimas y que para los estudiosos de Kant o de tal autor pueden tener relevancia, pero sin duda no es un texto ampliamente significativo. Y eso puede existir, sin duda tiene valor. El problema es cuando en Fondecyt te dicen que por ese trabajo te van a dar 10 puntos, pero cuando tu escribes un texto acerca de la Ilustración en América Latina y sus implicancias en el desarrollo de la Filosofía en Chile, un texto que podrías decir que va a dar que hablar y que ya no es un paper sino un artículo –yo hago esa distinción, un artículo no sólo es más amplio sino que es más ambicioso-, y lo publicas en *La Cañada*, te dan 3 puntos... El otro día le decía a un amigo que para mí escribir un paper es como publicar el trabajo previo, después de eso yo escribo el artículo. Y las universidades ocupan los mismos criterios que Fondecyt. Entonces uno se ve forzado a escribir cuestiones que son poco significativas. Una vez exponía sobre estos temas en Argentina y había un brasilero en el público que cuando terminé de exponer me dijo “Mire, le encuentro toda la razón. Lo que yo le recomiendo a mis alumnos es que publiquen en las revistas ISI y las cosas que les interesan las publiquen por otro lado. Entonces se mantienen dentro del sistema y además hacen lo que les interesa”. Eso es lo que uno termina haciendo...

-Me imagino que para eso hace falta tener bastante tiempo.

- Y para eso hay que ser muy productivo, poder hacer 8, 10 artículos al año, poner 2 o 3 en revistas ISI para que te dejen tranquilo en la universidad, poder postular a Fondecyt y hacer tu trabajo. Entonces me imagino yo –pero puedo equivocarme- que en la medida en que vayamos criticando y cuestionando esa institucionalidad también va a ir ocurriendo que se va a incentivar la producción de otro tipo de textualidad... Puede que no ocurra, porque también es cierto que escribir papers es fácil y por lo tanto tú puedes hacer una buena carrera sin demasiado talento, escribiendo papers. De repente te encuentras con sujetos que ganan proyectos Fondecyt regularmente, que tienen una gran productividad, y cuando vas a ver lo que han hecho dices ¿qué aporte hay aquí? Incluso, yendo más allá, dices: este gallo no ha dirigido tesis sobre el tema, no ha hecho ni un seminario sobre eso, no ha instalado el tema en Chile, y sin embargo ha hecho una gran carrera, ha ganado mucha plata, etc. Esta es una de las consecuencias negativas del sistema como está instalado hoy día. Yo lo conversé mucho cuando estuve en el grupo de estudio de Fondecyt: ¿qué debemos entender por relevancia aquí, esta investigación ¿es relevante o no es relevante? Una investigación puede

ser relevante para los estudiosos de ese tema en particular, por ejemplo para los estudios platónicos investigar sobre la tercera coma del cuarto párrafo de la *Po-lítica* puede ser muy relevante. La pregunta es, si estamos administrando fondos estatales, qué es relevante para el desarrollo de la disciplina en Chile.

-¿Y cómo se podría determinar eso?

-Es súper complicado. Una vez hice un experimento, en un texto que no está terminado, que fue preguntarme justamente qué se entiende por relevancia, aplicado a los filósofos chilenos. La anécdota es la siguiente: me escribe un colega contándome que Enrique Dussel está armando una especie de colección de filosofía latinoamericana y le había encargado a él que vea lo relacionado con la filosofía en Chile. Entonces me pregunta quiénes son para mí los 10 filósofos chilenos más relevantes. Yo le contesto, pesado, "no entiendo qué es lo que estás diciendo con relevancia" y a propósito de eso me puse a escribir un texto que tiene como título provisorio "Acerca de la imposibilidad de determinar quiénes son los filósofos chilenos más relevantes". Porque si dices que relevancia es fama, hay un listado con los tipos más famosos, pero si dices que relevancia es repercusión, no coincide el listado con los que son más famosos, porque hay profesores como Pedro León Loyola, que es probablemente uno de los tipos más relevantes para la filosofía en Chile, que no lo conoce nadie más que los que fueron alumnos de él, para los cuales fue gravitante. Entonces encontré al menos 6 o 7 de estas formas de entender relevancia y los listados respectivos. Y en Fondecyt pasa lo mismo, yo no estaría en condiciones de definir qué tipo de investigación en filosofía es la más relevante, pero sí me parece que es una discusión que tiene sentido que se de entre los mismos cultores de la disciplina y tiene sentido iniciar un trabajo de búsqueda de ciertos criterios que nos permitan decidir qué tipo de filosofía es la que queremos desarrollar en y para Chile. A lo mejor llegamos a la conclusión de que lo mejor es hacer una filosofía profesional, que parece ser el mensaje del estado chileno cuando le dan el Premio Nacional a Torretti. ¿Esa es la filosofía que el estado quiere que hagamos? A lo mejor llegamos ahí, pero mediado un proceso.

-¿A quién le hubieras dado el Premio Nacional?

-En ese caso me parece más significativo el premio a la Carla Cordua, pero me da un poco de lata cómo se lo dieron, porque lo postularon a él y fue como "ya, también a su señora", me parece un gesto feo para ella...

-Un poco machista.

-Yo lo encuentro muy machista. Y no me gusta porque ella tiene una labor que es re interesante, todo lo que ha hecho a través de los diarios, una labor tardía en su desarrollo, pero que tiene que ver con empezar a trabajar una filosofía mucho más en contacto con Chile, con el mundo, y de hecho, si preguntas fuera de los ámbitos propiamente filosóficos, a ella la conoce todo el mundo y a Torretti no lo conoce nadie. Aparte que me hubiera parecido muy interesante que le dieran el premio a una mujer, por ser una gran filósofa mujer, no a la señora de... Esa habría sido la neta, como diría un mexicano, un premio que nunca ha tenido una mujer en

Chile. Y hay un montón de otros sujetos que hubieran podido tener ese premio... lo que pasa es que Torretti tiene esta visibilidad internacional... Pero bueno, lo que pasó ahí es que se generó una pequeña polémica y a mí me encantan esas polémicas, porque dan cuenta que hay algo vivo. Como cuando Juan Manuel (Garrido) escribió esa carta y le responden otra carta...[9]

-¿Cuál es tu posición ahí?

-Yo no habría defendido a Beyer por nada del mundo. Y de hecho la carta que firmaron Juan Manuel y algunos otros me parece en algunas partes bien desafortunada, por algunas cosas que dice. No sé si por las mismas razones por las cuales les pareció desafortunada a los que escribieron la contra carta, pero en principio me pareció una carta desafortunada. Ahora, el gesto de escribir esa carta me pareció afortunado, pero no en términos del gesto apoyar a Beyer, sino que...

...por meterse en una discusión pública.

-Eso fue lo que yo dije todo el rato: no estoy de acuerdo con esto pero me encanta que esta gente haya sido capaz de decir públicamente “nosotros opinamos esto y estas son nuestras razones”. Se arriesgaron a que alguien les dijera: sabes que, no. Entonces se generó esta polémica, que ojalá siguiera, a propósito del libro que sacaron también.[10] Me gusta y para explicarte por qué me gusta me voy a remitir a una cuestión que decía Giannini: nosotros tenemos filósofos, pero no tenemos filosofía. Y la razón que daba él para decir esa cuestión es que no hay debate, no hay diálogo, conversación entre los filósofos, sino que cada uno funciona en su oficina, o en sus libros o con sus textos, pero cuando ocurren estas cosas contradicen lo que dice Giannini, ahí hay un debate. Y sobre todo me gusta que sea un debate sobre política, una cuestión muy contingente. Lo otro que me gusta, a propósito de eso, es que la gente muestre sus cartas, porque en el mundo académico los tipos pretenden instalarse en un cierto ambiente de objetividad científica, que a mí me ha parecido siempre que es una impostura, uno siempre tiene una posición y una posición política. Desde ahí piensas y desde ahí escribes. Entonces que finalmente Juan Manuel o Eduardo Molina o Boeri que también firmaban la carta, muestren cuál es su postura política, me parece estupendo, porque uno sabe desde dónde hablan. Están opinando políticamente, y me gusta que estén opinando políticamente. Puede ser perfectamente que uno de ellos haya apoyado a Beyer y esté en contra de Piñera, no estoy diciendo eso, pero sí mostraron sus cartas y eso me agrada. Así como me agrada que los otros, los que contestaron, también muestren sus cartas. Pasan cosas, eso es lo entretenido. Transcurrieron muchos años en que parecía no pasar nada...

-¿Qué filósofos chilenos te han resultado iluminadores, o motivantes, dentro de lo que consideras una filosofía latinoamericana “liberada”, no europeizante?

-Creo que es perfectamente posible hablar de una tradición liberacionista en Chile, en la línea de los que Jaksic llama críticos. Pero no son necesariamente los que más me han gustado a mí. Esa historia se puede escribir y vale la pena hacerlo, la historia de los filósofos críticos o liberadores, desde Bilbao hasta hoy. Ahora,

¿cuáles son los autores que yo he estudiado? A mí me interesan sobre todo los desconocidos, siempre me han interesado. Así como Bilbao es un tipo que me llama mucho la atención, veo que hay gente que está trabajando sobre Bilbao y lo están haciendo bien, entonces ese es un lugar que yo abandono. Pero, por ejemplo, durante un tiempo estuve estudiando a Jenaro Abasolo. Ese es un buen ejemplo para explicarte cuál es mi postura. Jenaro Abasolo es un tipo que no conoce nadie, o que no conocía nadie. Es un poco posterior a Bilbao. Va a Europa, escribe unos textos maravillosos sobre el Idealismo alemán, se lee a Kant, a Hegel y a Fichte en alemán –estamos hablando de la segunda mitad del siglo XIX, donde aquí nadie leía en alemán, lo que se sabía de los alemanes era a través de traducciones-, escribe un comentario a Hegel, un comentario a Kant, escribe un libro maravilloso que se llama *La personalidad política de la América del porvenir*, que se publica póstumamente por sus hijas, pero que nadie conoce, y lo único que encuentras como referencias a Abasolo son un par de comentarios de algunos autores donde hablan de este tremendo filósofo lamentablemente desconocido.

-¿Cómo llegaste a él?

-Porque me llaman la atención los tipos injustamente tratados por la historia... Aunque en ese caso fue un poco casual: yo había hecho un seminario sobre filosofía chilena (en ese tiempo trabajaba en la Alberto Hurtado), entonces había puesto a los alumnos a investigar. Y en algún momento uno de ellos llega a mi oficina con este libro, me dice "mire profe lo que encontré en una librería de viejos, me costó 500 pesos. Se lo dejo". Empecé a leerlo y quedé alucinado. Y trato de averiguar quién es y no encuentro información por ningún lado. Lo primero era si será chileno o no será chileno... es un admirador de Lastarria, un lector de Bilbao... Entonces me puse a trabajar. Escribí un par de cosas sobre él y en *La Cañada* hemos reeditado algunos textos breves suyos. Hoy día están investigando sobre Abasolo en España, en Argentina y acá hay un par de sujetos que han escrito sobre él. De repente aparece. Eso a mí me alucina.

-Cuando el canon se creía cerrado...

-Es que ni siquiera hay canon, y de hecho mi pelea siempre ha sido anti-canon. Pero en el caso de la filosofía chilena tenemos todavía el problema previo, ni siquiera tenemos canon. Los que son conocidos son muy pocos. De hecho cuando empiezo mi curso de filosofía latinoamericana reto a los cabros de cuarto año: nombrenme 10 filósofos chilenos. Nunca llegan al quinto... No llegan, no los conocen. Después de haber estudiado 4 años filosofía. Entonces, en esas condiciones, claramente no tenemos ni siquiera un canon. Recién ahora, que se están haciendo reediciones, tenemos los libros, porque antes no teníamos ni siquiera los libros. Yo inventé una vez un proyecto de una biblioteca de reediciones, que es lo que está haciendo ahora la UDP, pero yo lo proyecté en el 2003. Nunca logré que la financiaran. Tengo como 7 u 8 textos que ya están digitalizados, había conseguido a los prologuistas, que eran expertos en cada uno de los autores, pero nunca conseguí que me dieran plata. Entonces armé una biblioteca virtual y ahí he ido subiendo muchos textos de filósofos chilenos. Para que al menos el material esté disponible si a alguien le interesa. Pero uno no llega ni siquiera al material si no sabe quiénes son. Hay una cuestión de difusión, que falta.

-¿Y eso por qué ocurre, por el *curriculum de estudios*?

-Por el modo como están instalados los estudios de filosofía en Chile, una cuestión que yo he criticado sistemáticamente. Hay una cierta manera que es muy acrítica en que se supone que debemos enseñar filosofía, como si fuera “la” manera de enseñar filosofía, y que si tú te fijas, con muy pocos matices, es la misma manera en que se enseña en todos lados en Chile. Sólo hay tres o cuatro carreras donde hay un curso que no sea de filosofía europea y todas ellas son de filosofía latinoamericana. Pero por supuesto en ningún lugar enseñan filosofía china ni filosofía africana... Todo lo que se enseña es filosofía europea, fuertemente alemana y francesa además, ni siquiera española. Y en ese contexto los autores hispanohablantes ni siquiera aparecen en la bibliografía secundaria. Si se hace un curso de filosofía del derecho no aparece Millas como literatura ni primaria ni secundaria, pese a que tiene textos sobre el tema.

-¿Pero los profesores podrían incluirlos en la bibliografía de sus cursos si quisieran o no?

-Claro, pero no los conocen, la cuestión es reproductiva... Cuando yo volví de mi doctorado no te habría dado 10 nombres tampoco y ya era Doctor en Filosofía, se esperaba de mí que yo hiciera clases. ¿Qué iba a enseñar? Lo que sabía. Habría enseñado a Kant, idealismo alemán... Por eso la cuestión es reproductiva. Y es reproductiva desde el año 1937 en que se instala el primer curso de filosofía regular en Chile, con el objeto de preparar profesores de filosofía. El primer profesor de filosofía del Instituto Pedagógico es un alemán, él es el que arma los estudios de filosofía, se llamaba Guillermo Mann, lo trajo el estado chileno especialmente para hacerse cargo de la enseñanza de la filosofía en el Instituto Pedagógico. Y ese tipo forma gente que luego asume ese curso, lo amplía y luego van a formar la facultad de filosofía, etc., etc. Después vuelven a traer alemanes: un sujeto muy central ahí es Ernesto Grassi, que es un discípulo de Heidegger. Si estudias un poco la historia de la filosofía en Chile entiendes por qué Heidegger es tan importante aquí en Chile... Como te digo, es en extremo reproductivo. Y quebrar esa reproductibilidad implica un esfuerzo muy potente, de re-formarse, o des-formarse, empezar a sacarse cuestiones de encima, que en alguna medida es lo que yo he venido haciendo desde el 2000. Porque hay mucho prejuicio instalado, los alumnos que llegan al curso de filosofía latinoamericana llegan arriscando la nariz normalmente, qué es esto de filosofía latinoamericana... Entonces hay que hacer un trabajo de poner en tela de juicio ciertos supuestos que están ahí jugando acríticamente, atemáticamente.

-Pero por ejemplo, a propósito de lo que decía Giannini de que hay filósofos pero no hay filosofía, ¿qué es lo que se está soslayando cuando se omite a los filósofos chilenos o latinoamericanos?

-Lo que pasa es que los filósofos acá tienen una doble militancia. Mira Giannini por ejemplo: Giannini es un gran profesor de filosofía medieval y en la universidad tiene un lugar o hizo una carrera como el gran profesor de filosofía medieval, pero su obra creativa no era estudiada hasta hace muy poco en la universidad. Él tiene su lugar como profesor de filosofía medieval, tiene escritos como medievalista,

pero su obra misma no es parte de lo estudiado. Uno podría decir que él tiene un lugar como profesor de filosofía pero no como filósofo, y eso pasa en general con todos. Entonces hay filósofos, yo estoy completamente de acuerdo con Giannini, y los hay muy buenos, pero no estoy de acuerdo en que no hay filosofía. Porque me parece que no es suficiente que no hayan ciertos diálogos para decir que no hay filosofía. Lo que no hay es un discurso acerca de la filosofía chilena. Octavio Paz, como el año 45, decía respecto de la literatura latinoamericana –porque en ese tiempo no estaba claro si había una literatura hispanoamericana o no, imagínate la duda, hoy sería impensable–, y él decía que la duda tenía que ver con que no existía todavía el discurso crítico sobre la literatura hispanoamericana que inventara la literatura hispanoamericana, sólo había obras. En el caso de la filosofía chilena creo que pasa más o menos lo mismo. Fuera de estos tres libros y una lista de artículos que hasta el año 2010 cabían en una cara de una hoja, no había nada escrito sobre filosofía chilena.

-¿Cuál es la necesidad de ponerle apellido a la filosofía, de que haya un discurso sobre la filosofía chilena, o un discurso sobre la filosofía latinoamericana, si hay obras, si hay libros que se leen afuera? ¿Por qué tiene que haber un discurso que unifique cosas que de repente no son unificables?

-El discurso puede ser justamente mostrar que no son unificables, da lo mismo. Pero entiendo tu pregunta, por qué la necesidad de un discurso. Yo creo que es una necesidad para nosotros, para aquellos que nos dedicamos a la filosofía. Tiene que ver con que es nuestra tradición, de la que nosotros formamos parte. En el libro (*Conflicto de representaciones. América Latina como lugar para la filosofía*) cuento una anécdota, que fue muy fuerte para mí. Cuando llegué a Alemania me entrevisté por primera vez con el que iba a ser mi profesor guía y el tipo me dice "qué bueno que usted esté aquí, porque yo no sé nada sobre filosofía de América Latina y quiero que usted me enseñe". Él asumió que yo conocía mi tradición como él conocía la suya y yo sabía más de filosofía alemana que de filosofía latinoamericana. Por primera vez tuve la sensación de ser un sujeto sin tradición, es como si te sacaran el piso.

-¿Una cuestión de identidad?

-Es dónde te sitúas. Cuando yo he hecho algunos seminarios de filosofía chilena es súper fuerte para los cabros que se están formando tomar conciencia de que ellos son, por ejemplo, la tercera generación de filósofos profesionales en Chile y de que hay una segunda generación, una primera generación y unos fundadores de todo eso. Y de repente entienden por qué estudian tanto a Heidegger y entienden por qué se les enseña filosofía de esa manera. Y de repente eres parte de algo. Esa es una necesidad, porque entonces tienes desde dónde hablar. De lo contrario, eres algo así como un sujeto sin tierra, sin lugar, que habla de cuestiones que no tienen que ver con él y que puede ser súper entretenido, pero no es más significativo que eso. Incluso, puedes dedicarte a Kant, pero desde este lugar, como parte de esta tradición. Hay grandes comentaristas de Kant que son parte de nuestra tradición. Entonces pienso que es una necesidad nuestra. Ni siquiera hemos tomado conciencia de esa necesidad, pero en los últimos años noto claramente que esto ha ido cambiando. Por eso te dije que hasta el 2010 sólo

había una carilla de artículos, porque en los dos o tres últimos años ha habido una explosión de escritura sobre la filosofía en Chile, no sólo en *La Cañada*. Incluso la Adolfo Ibáñez acaba de sacar un número especial de su revista sobre filosofía chilena, han aparecido libros, lo que está haciendo la UDP con su editorial, todo eso ha ocurrido en los últimos años y me parece que estamos en presencia de un giro. Me siento súper contento de ser parte de eso, de estar viéndolo y de estar participando, porque creo que va a tener una repercusión tarde o temprano en las mallas docentes, en la manera de en que se enseña filosofía y por lo tanto de aquí a unos años, esa fue siempre mi esperanza, vamos a tener gente formada de otra manera, más comprometida con el desarrollo de la filosofía en Chile.

-Y saliendo de los límites de la propia disciplina, ¿cómo ves a la filosofía dentro de la sociedad chilena, sus relaciones con el “exterior”, por así decirlo?

-Es muy claro que hay una desconexión. El año 2011 me invitaron a hablar al Congreso Nacional de Filosofía, en una plenaria, el último día. Yo había estado todo el congreso. Y empecé haciendo la siguiente constatación: durante todo el año hemos tenido movilizaciones en este país por el tema de la educación. No se me ocurre que podamos hablar de otra cosa, en realidad. Y vengo a este congreso y de todas las mesas –que no fueron pocas- encontré sólo una en la que se habló de educación. Una muy buena mesa, donde estuvo Carlos Ruiz, Pablo Solari y otros, que hablaron muy bien y contextualizaron la cuestión, fue espectacular. Pero es despreciable en términos del contexto en que estábamos, ¡una mesa! Yo decía: ese debió haber sido el tema de todas las plenarios, al menos. Mi pregunta era: cómo es posible que estemos acá hoy día pensando siquiera en otra cosa que no sea este problema, qué nos está pasando como filósofos que este tema, que ha sido un asunto para la filosofía siempre, nos está gritando en la cara y nosotros seguimos haciendo otra cosa, miramos para otro lado.

Yo creo que ahí pasan dos cosas: por un lado, que los filósofos en general, por la formación que tenemos, no entendemos de qué forma podemos vincularnos con la sociedad. Por una forma de entender la filosofía “hegelianamente”, esta idea de filosofía que uno ve claramente en Hegel que es la de un filósofo al margen, mirando desde un palco, un sujeto que no interviene sino que simplemente mira de lejos y eventualmente transforma eso en conceptos que son universales. Entonces encuentras sujetos que pueden hablar eventualmente de educación, pero de una idea general de educación, desvinculada del caso chileno. Un tipo como Carlos Ruiz, que habla de educación desde la situación chilena, es una excepción. Por otro lado, también creo que tenemos una sociedad chilena que ha sido formada en un desconocimiento absoluto de qué cresta, perdonando la expresión, pueda ser un filósofo. Tiene que ver con la manera en que se han instalado los estudios de filosofía en el colegio y en todos lados. Tú le preguntas a cualquier tipo de la calle qué es un filósofo y para qué está ahí o qué función pueda tener y te dice que es una profesión parasitaria, innecesaria, un poco ridícula, “son tipos muy pajarones”, hay una especie de estereotipo y por lo tanto tampoco la sociedad sabe qué puede esperar de un filósofo. Yo lo veo súper claramente en el Instituto de Estudios Avanzados. Van mucho de CNN o de TVN a entrevistar a todos mis colegas, que son sociólogos, historiadores, y a nadie se le ocurre siquiera, si no les dice la misma persona que está a cargo de las relaciones

públicas, que un filósofo pueda ser un aporte para nada. Recuerdo hace un par de años que les falló alguien que venían a buscar y les dijeron que me entrevistarán. Era sobre las huelgas de hambre. Conversábamos con el periodista sobre las huelgas de hambre mapuche, etc., y terminada la entrevista el tipo apaga la grabadora y me dice "oye qué interesante, no pensé nunca que un filósofo podía ser interesante".

-Bueno, mis disculpas gremiales: no todos los colegas son unas lumbreras, precisamente...

-No es una crítica al periodismo, es un estado de cosas de la sociedad chilena, que creen que nosotros... Bueno, eso es parte del problema también, muchos (filósofos) hablan en difícil y eso les parece súper interesante, hacerse los complicados... La filosofía es simplemente hacer de algo que todos hacemos, una actividad profesional. Todos nos hemos preguntado alguna vez cómo distingo lo correcto y lo incorrecto, por lo tanto la reflexión moral es una cuestión que está en todo el mundo, sólo que nosotros hacemos de eso nuestra actividad y revisamos la historia del tema, pero es algo que nos atañe a todos. Y en un contexto tan adverso, en el que fundamentalmente nos desprecian (cuando uno dice que se dedica a la filosofía te dicen "y para qué sirve eso"), en ese contexto tan adverso es muy fácil que alguien diga "estos pelotudos se pueden ir un ratito a la cresta". También hay una reacción y hay muchos cuya reacción se transforma en ponerse en un plano de superioridad, gente que dice "yo te hablo y ni siquiera vas a entender mis palabras", una cuestión muy turbia, muy torpe. Pero de eso tomé consciencia recién en Alemania, cuando hablando con unos amigos en la calle, que ni siquiera trabajaban en la universidad, me preguntaron que hacía y les dije "Hago un doctorado en filosofía", con temor y temblor, porque dices eso aquí y se ríen de ti, y los tipos te dicen "Guauuu, qué bacán", mucha admiración, genuina admiración, porque el filósofo en la sociedad alemana tiene un lugar. Tampoco ganan mucha plata, pero están los filósofos y después los médicos, y sin duda después los empresarios. Y acá estamos en un contexto tan adverso para los que nos dedicamos a las humanidades en general, que es fácil que la gente reaccione mal. En Alemania los filósofos salen en los periódicos permanentemente y los debates se llevan a cabo en los diarios que todos leen. Hay espacio para ellos y escriben en un alemán que todo el mundo entiende. Es otro contexto. Por eso y probablemente otras razones más yo veo que claramente hay un abismo entre los que nos dedicamos profesionalmente a la filosofía y el ciudadano común y corriente. Finalmente es un problema a nivel de pedagogía... del modo en que se enseña la filosofía en los colegios.

-Y es muy poco el tiempo que hay.

-Claro, además les quitaron horas... Lo interesante es que de repente hay cabros que están motivados y hacen algo más, incluso proponen cosas y ahí ocurren cuestiones en esos colegios, de verdad ocurren. El año pasado hubo una iniciativa que se llamó "Filosofía en los colegios" y la idea era generar eventos donde hubiera un profesor universitario, un profesor de colegio y un alumno del colegio exponiendo. Y yo fui a un colegio espectacular, ahí al lado de la Villa Francia. Y dije: les voy a hablar de filosofía a estos cabros de tercero y cuarto medio, de

un colegio que está al lado de una bomba de bencina que la queman cada vez que hay protesta... ¿De qué les hablo? Y les fui a hablar de violencia. Les dije: les vengo a hablar de una cuestión que yo he pensado y ustedes han vivido, así que acá vamos a conversar. Me tenían sentado en una mesa arriba, me bajé y me senté con ellos y empecé a hablar de cómo entendemos la violencia, qué entendemos por víctima, quiénes son víctimas, y de repente empezaron a hablar. Yo empecé a hablar a las 11 y te juro que eran las 2 de la tarde y no me dejaban irme. Entonces ves que ocurren cosas. Yo les entregué un par de insumos teóricos, esto han pensado algunos autores, esto es lo que pienso yo sobre la cuestión, a ver qué opinan ustedes. Y de verdad fue súper entretenido.

- Este año se cumplen 40 años del golpe de estado y he sabido que estás trabajando con testimonios de prisioneros políticos en Chile y su vínculo con la filosofía.

Me parecía súper importante que el año no pasara sin hacer varias cosas. La primera es el coloquio Filosofía y Dictadura que hicimos recién en el IDEA. La segunda es que quiero postular un proyecto Fondecyt sobre los campos de prisioneros en Chile, una mirada filosófica de las prisiones políticas en Chile, un poco por inspiración de Agamben, que es un autor que ha trabajado los campos de concentración nazis y lo ha hecho siempre desde los testimonios. Entonces la idea de este proyecto es trabajar a partir de los testimonios. Pero para eso hay que justificar también que el testimonio puede ser considerado un texto que puedes mirar desde un punto de vista filosófico o trabajar al menos filosóficamente para entenderlo.

-¿Qué significa mirar “filosóficamente” un testimonio de prisión política? ¿Qué es trabajarlo “filosóficamente”?

- Si tú tomas los testimonios y los miras literariamente, dices: esto es un discurso literario y lo tratas como tal, haces análisis estructurales, de figuras retóricas, etc. Se ha trabajado así, hay un par de libros sobre eso, algunos artículos. También puedes trabajarlo desde el punto de vista histórico, como fuente, ver hasta qué punto los testimonios funcionan como un documento. En ambos casos estás abordando el mismo objeto pero de distintas perspectivas. Claramente, cuando lo abordas desde el punto de vista filosófico, es otra manera de verlo, en que ya no te interesa por ejemplo dar cuenta de la verdad de lo ocurrido, porque entiendes que el testimonio es una cierta representación de lo que ha ocurrido. No te interesa la historia en particular, pero sí te interesa ver qué categorías aparecen ahí, qué es lo que ocurre con el ser humano en los contextos de los campos. Por ejemplo Agamben, que estudia los campos de prisioneros, trabaja mucho con la categoría de lo que él llama “el musulmán”, un nombre que acuñan los mismos testimoniantes, un nombre que circula en los campos, para referirse a aquel sujeto que ya está tan deshumanizado que ni habla, ni come, lo golpean y no reacciona, un tipo que está en las últimas. Hay un montón de reflexión que hace Agamben a propósito de esa figura y que tiene que ver con qué entendemos por humanidad. A eso me refiero con abordar filosóficamente un testimonio, construir categorías, construir reflexión, a propósito de ciertas realidades que sólo se dan ahí, en los campos de prisioneros. Y por eso que fue tan sorprendente lo que ocurrió en el caso del Nacional Socialismo, porque ahí ocurrieron cosas que nadie imaginó siquiera que podían llegar a ocurrir y que por lo tanto develaron ciertas cosas

de lo humano que eran impensables, conductas que sólo puedes ver ahí y te sorprenden porque dices "cómo pudimos llegar a este punto", y pudimos, entonces hay que pensarlo. Y en el caso de Chile ocurre lo mismo. Lo más sorprendente de todo es que cuando te empiezas a meter en este mundo de los testimonios al principio dices "bueno, serán unos 7, 8 textos" y ya tengo un tremendo listado. Hay mucho testimonio. Pero cuando tú tratas de averiguar quién ha trabajado esos testimonios, sólo lo ha hecho algún grupo de literatura, pero casi nadie ha trabajado desde la filosofía.

[1] Santos Herceg, José. *Conflicto de representaciones. América Latina como lugar para la filosofía*. Santiago: Fondo de Cultura Económica, 2010.

[2] Ver Jaksic, Iván. *Rebeldes académicos. La filosofía chilena desde la Independencia hasta 1989*. Santiago: Ediciones UDP, 2013. (Primera edición en español. La obra se publicó originalmente en inglés: *Academic Rebels in Chile: The Role of Philosophy in Higher Education and Politics*. Albany: SUNY Press, 1989).

[3] Ver Escobar Roberto, *El vuelo de los búhos. Actividad filosófica en Chile de 1810 a 2010*. Santiago: Ril, 2008 y Sánchez, Cecilia, *Una disciplina de la distancia: institucionalización universitaria de los estudios filosóficos en Chile*. Santiago: Editoriales Chile- América. CESOC, CERC, 1992.

[4] Santos Herceg, José. "200 años. Apuntes para una historia episódica de la filosofía en Chile". *Mapocho* 67 (2010):323-352.

[5] Santos Herceg, José. "De espejismos y fuegos fatuos. Publicar filosofía hoy en Chile (ISI y Scielo)". *La Cañada* 1 (2010): 126-147.

[6] Santos Herceg, José. "Tiranía del paper. Imposición institucional de un tipo discursivo". *Revista Chilena de Literatura* 82 (2012): 197 – 217.

[7] Santos Herceg, José. "Treinta años de filosofía-FONDECYT. Construcción de una elite e instalación de un patrón investigativo". *La Cañada* 3 (2012): 75-115.

[8] Ver entrevista a Eduardo Fermandois: "Nos han formateado dentro de un cierto modo de escribir y hay temas que simplemente se sustraen o resisten a ese modo". Sitio web Instituto de Humanidades UDP, abril 2013.

[9] Un grupo de académicos de filosofía firmó una carta en contra de la Acusación Constitucional del ahora destituido Ministro de Educación Harald Beyer. La carta apareció en *El Mercurio* el 1 de abril de 2013. Luego se difundió por medios digitales una respuesta de otro grupo en desacuerdo a lo planteado en dicha misiva.

[10] Se refiere a *La excepción universitaria. Reflexiones sobre la educación superior chilena* (Ediciones UDP, 2012), de Juan Manuel Garrido, Hugo Herrera y Manfred Svensson.